

Señor **Arzobispo de Santiago, Cardenal Francisco Javier Errázuriz**; señor **Nuncio Apostólico en Chile, Monseñor Giuseppe Pinto**; Señor **Obispo de Iquique, Monseñor Marco Antonio Órdenes**; Señor **Obispo Auxiliar de Santiago, Monseñor Fernando Chomalí**; Señor **Vicepresidente de la Compañía Minera Doña Inés de Collahuasi, Juan Carlos Palma**; Señores parlamentarios; autoridades de gobierno; señores miembros de la Junta Directiva Internacional de los Consejos de las Artes y Agencias Culturales IFACA; Señores Directores de Museos; señores Miembros del Directorio del Centro Cultural Palacio La Moneda; Representantes de la Iglesia y de la cultura; amigas y amigos. Muy buenas tardes.

Es una de nuestras intenciones fundamentales ser un lugar de encuentro de todos los chilenos en torno a nuestro patrimonio cultural, entendido como algo vivo y diverso. Es por eso que a todos quienes formamos parte de este Centro Cultural nos conmueve profundamente estar conviviendo en este espacio con estas maravillosas imágenes que representan la devoción de nuestro pueblo. Emoción que creo compartimos todos los que hoy estamos aquí, más allá de nuestras creencias religiosas.

Estos objetos, pinturas y figuras, algunas de gran importancia artística y todas de incalculable valor patrimonial, representan lo máspreciado de cada una de las comunidades que habitan a lo largo de nuestro territorio, en torno a las cuales se cohesionan, mantienen viva su fe, consolidan y proyectan su identidad cultural.

Desde La Tirana en Iquique, hasta el Nazareno de Caguach, en Chiloé, pasando por Cuasimodo, en la zona central, así como otras cientos de celebraciones dedicadas a santos patronos de pueblos y ciudades, las festividades religiosas son la instancia, por excelencia, para reunirse, celebrar, agradecer, pedir salud y prosperidad.

De esto he tenido la suerte de ser partícipe en la Isla de Caguach, el pasado mes de enero, en un viaje a Chiloé destinado a pedir prestadas parte de sus imágenes religiosas más queridas. Ahí pude ser testigo de los miles de fieles que llegan navegando en precarias embarcaciones, de distintos lugares del archipiélago, para homenajear a este Cristo Chilote, cuya imagen, traída por los franciscanos en el siglo XVIII, los isleños han transformado en uno de los suyos, cultivando y conservando una de sus tradiciones más vitales y significativas.

Estos cristos, santos y vírgenes, presentes en templos, escuelas y hogares, son los protagonistas de una religiosidad popular en la cual se combina la tradición indígena con la evangelización católica, llevada a cabo por la colonización española en América. En ellos encontramos por lo tanto, el origen de nuestra identidad como nación.

A las puertas del Bicentenario, Chile Mestizo, reivindica el mestizaje como rasgo definitorio de nuestra cultura en todos los ámbitos, producto de la fusión entre elementos españoles, criollos e indígenas.

Esta colección de cerca de 250 piezas, entre pinturas, esculturas, retablos, altares y otros objetos, procedentes de iglesias y museos a lo largo del país, y que se reúnen, por primera vez en una exposición, componen un complejo imaginario, instalado en la época de la Colonia, en torno a la devoción y la organización social, que se aprecia tanto en el espacio público - a través de las fiestas, procesiones, misas, liturgias y circulación de estampas religiosas- como en el espacio privado de casas y conventos.

A la influencia de las órdenes religiosas en Chile, se suma la presencia de las llamadas escuelas americanas, productoras de arte religioso, con obras importadas desde los principales talleres -especialmente tallas de Quito y pinturas del Cuzco- y el surgimiento de una producción local que varía en los distintos lugares en donde se desarrolla, respondiendo a las necesidades propias de cada comunidad.